

RAM.—Así no me sirve.

CAND.—(*Dándole la mano: a media voz.*)—

¡Ramoncho de mi almal...

RAM.—¡Candelillas de mi vial...

SANTOS.—Marcelina, Marcelina, aquella colgadura...

MARC.—La de todos los días, sí señor; solo que algunos días le da a uno gana de colgarse también.

SANTOS.—Debía usted reñirle...

MARC.—Ya le he reñido ochenta mil veces, y me dice que es del querer, que se le escapa del alma.

SANTOS.—Y no va a dejar que se le vaya el alma sin el cuerpo: tiene razón.

RAM.—¿Cómo estás, padrino?

SANTOS.—¡Que yo no soy tu padrino, ya te lo dije sesenta veces!

RAM.—¿Cómo que no? Eres padrino de Candelas, y mío, y de la boda, y de los hijos, y de los nietos...

SANTOS.—Basta; tenemos ya para medio siglo de parentesco...

RAM.—Conque a responder: ¿Cómo estás, padrino?

SANTOS.—Muy bien, muchas gracias. A tí no

te pregunto, porque ya he visto lo expresivo que estabas.

RAM.—¡Es que la quiero más que a mi vial!

SANTOS.—Ya lo sé. Y se te escapa el alma; ya lo sé también.

CAND.—¿Y el broche?

RAM.—¡Qué memoria la mía!—(*Registrándose.*)—¿A que lo olvidé?...

CAND.—No me hagas rabiarse, Ramoncho.

SANTOS.—No nos hagas rabiarse, Ramonchito.

RAM.—En vista de que nadie me cree por la palabra, ahí va.

CAND.—(*Dando un grito de júbilo.*)—¡Ay!... ¡Mira, mamá, mira!

MARC.—¿Pero qué es esto? ¿Brillantes y rubíes? Candelas no puede aceptar regalos así.

RAM.—¿Pero quién se lo regala? Eso es mío, y a Candelas le ruego únicamente que me lo guarde en depósito.

MARC.—No, no.

RAM.—El depósito es sagrado, doña Marcelina, y el día que yo lo reclame ustedes me responderán con toda su fortuna, muebles e inmuebles...

MARC.—No, Ramoncho, no.

RAM.—Me responden con todo, muebles, in-

muebles, numerario... ¿qué más garantía voy a pedir? Ande, doña Marcelina, déjeselo guardar...

MARC.—No.

RAM.—(Serio.)—¿Prefiere usted que lo tire por la ventana?

MARC.—(Transigiendo.)—Pero es un desatino lo que habrá costado eso...

RAM.—Seis negros.

CAND.—¿Has vendido tú seis negros? ¿Y de dónde?...

RAM.—De una orquesta.

MARC.—¡Ramoncho, Ramoncho! ¿Para qué juegas?

RAM.—Para ganar; no crea usted que llevo otro plan nunca.

MARC.—¿Por qué no trabajas, que es más...?

RAM.—¡Eso no, eso no! Lo que usted quiera, menos eso. Rectifique usted...

MARC.—¿Pero no comprendes que esa conducta es un peligro para el día que administres una fortuna?

RAM.—Al contrario. Yo soy un jugador sensato, de los que no juegan más que cuando no tienen dinero. Con mil pesetas no aparezco jamás por la sala del crimen; ahora cuando no tengo más que cinco duros, sí me los juego, en-

tre otras razones sabias porque cinco duros no sirven más que para jugárselos... y gracias.

MARC.—¿Y eres tú el que aspira a formar una familia?

RAM. Para eso no hace falta dinero.

MARC.—¿Y para sostenerla?

RAM.—Que se espabilen desde pequeños, que es muy conveniente.

CAND.—¡Pero es que tú no sabes el gran secreto, mamá! A pesar de esas bromas, Ramoncho trabaja. Por complacerte a tí, por mis ruegos, Ramoncho trabaja.

MARC.—¿Es verdad?

RAM.—Es una abdicación vergonzosa; lo confieso con toda clase de rubores... pero es verdad, trabajo.

MAR.—¿Y en qué?

CAND.—Ayer estuvo ya dos horas en el Banco Hispano, que es amigo del Director.

SANTOS.—¿Y que hiciste?

RAM.—Nada...

SANTOS.—Pues adelantaría bastante.

CAND.—Por de pronto ha demostrado su fuerza de voluntad.

SANTOS.—¡Tiene razón! Estar dos horas en una oficina, trabajando, las está cualquiera; pero

sin hacer nada y con lo aburridas que son, se necesita la fuerza de voluntad de Ramoncho.

RAM.—Tú me comprendes, padrino.

SANTOS.—¡Que no soy!... (*Interrumpiéndose para no volver a discutir ese punto y dándose por vencido.*) Si te comprendo, ahijado.

CAND.—¿Ves tú cómo es un buen chico y cómo me quiere?...

(*Sigue hablando con Marcelina.*)

SANTOS.—Metido ya en números supongo que dejarás para siempre aquel estudio de pintor, en donde tú no has pintado nunca nada y a donde han ido tantas pobrecitas a ver tus cuadros... ¡y sabe Dios lo que habrán visto!...

RAM.—Con la boda se concluye todo eso. Si lo quieres, te lo traspaso.

SANTOS.—No, gracias. ¿Y estás seguro de que hay boda?

RAM.—Segurísimo.

SANTOS.—¿Cuentas ya con don Justo?

RAM.—Cuento con él... y además cuento contra él.

SANTOS.—¿Te casarás por las malas?

RAM.—Por las malas o por las buenas; eso es lo que hoy resolverá don Justo en la visita que luego,

a las cinco, ha de hacerle mi tía Salomé.

SANTOS.—¿La habéis anunciado?

RAM.—No. La hemos decidido.

SANTOS.—Puede no estar en casa...

RAMON.—Suele estar. Pero si no está, le aguarda una hora o dos horas, o tres horas...

SANTOS.—¡O cuatro horas!

RAM.—Las que sean precisas. A prevención ya, traerá su rosario. Según me dijo está en descubierto con no sé cuantos credos a no sé cuantos bisabuelos, y lo que tarde don Justo va ella liquidando con los antepasados.

SANTOS.—¿Y si al fin no la recibe?...

RAM.—Sería lo mismo que negar su consentimiento y entonces vamos ya directamente por el camino de lo malo.

SANTOS.—(*Con admiración.*)—¡Ramoncho, tú eres un hombre!

RAM.—Lo he creído siempre.

SANTOS.—Eres fuerte... y por consecuencia tienes razón. ¡Tú te casarás!

RAM.—Sin duda ninguna. Regáleme ya lo que quiera.

CAND.—(*Que se acerca.*)—¿De qué habláis?

RAM.—De que te quiero.

SANTOS.—Y de que sabe querer. Cuenta eso por otro tanto.

ESCENA VII

DICHOS: ASUNCIÓN por la derecha.

ASUN.—Felices, don Santos.

RAM.—Asunción, guárdame eso.

(*Le entrega otro estuche.*)

ASUN.—¡Ay! ¿Y dónde voy a guardarlo?

RAM.—En la despensa.

ASUN.—No, no... ¿Pero qué es esto?

SANTOS.—Los negros, hija, los negros, que se han vuelto locos.

CAND.—A ver... ¡Ay qué lindo! ¿Y el mío?

(*Enseñándose.*)

MARC.—¡Ramoncho!.. No quiero repetir el enfado. Acéptalo, Asunción.

ASUN.—¡Ay no, que es muy bonito!

RAM.—Si te gusta ya quedé yo satisfecho.

ASUN.—¿De veras es para mí?... (*Espantada.*)
¡Ay mamá!

MARC.—Es precioso, sí. Pero conste, Ramoncho, que es la rimera vez y es la última que esto ocurre, porque es una locura...

RAM.—Deje usted que cometa yo locuras para que haya variedad en la familia. Ya tendremos

empacho de formalidades con Antonio y con Asunción, que son más serios que un concurso de chistes. Apuesto doble contra sencillo; se casarán y tendrán cinco hijas que serán monjas...

ASUN.—(*Espantada.*)—¡Ramoncho!

RAM.—Cinco hijos, que serán curas.

ASUN.—¡¡Ramoncho!!

RAM.—Otros cinco, magistrados...

ASUN.—*Cayendo medio desvanecida de pánico en una butaca.*) ¡¡¡Ramoncho!!!

CAND.—(*Socorriéndola, pero riéndose.*)—No le hagas caso.

RAM.—Y otros cinco...

SANTOS.—¿Van a poblar el mundo ellos solos?...

RAM.—Sí, señor.

SANTOS.—No me sorprendería. Un hombre excesivamente honrado es una calamidad dentro de casa...

MARC.—Ya quisiera Ramoncho parecersele.

RAM.—En muchas condiciones sí, señora; en todas, no. ¡Tan bueno! ¡¡Tan bueno!! ¡¡¡Tan bueno!!! Basta uno en el hogar, nada de competencias.

CAND.—¿Tú no lo eres?...

RAM.—Sí lo soy; pero mi bondad es menos

amplia. En esto sigo las enseñanzas del padrino. ¿Quieres decirlas, si no para ellos, para que tu discípulo se reconforte con tu predicación?

SANTOS.—Llamándote discípulo mío me conmueves, Ramoncho.

RAM.—Conmuévete; pero habla, maestro.

SANTOS.—¿Maestro? Allá voy.

RAM.—¡De rodillas todos!

SANTOS.—La bondad con una persona, con dos, con tres... con aquellas que nos tratan bondadosamente, es una obligación de conciencia y es una prueba de hidalguía; la bondad con todos, con aquellos que nos desprecian, que nos lastiman o que nos apartan, es un grandísimo error y una prueba de cobardía...

RAM.—¿Acabaste? Levantáos.

CAND.—No se había arrodillado nadie.

SANTOS.—En eso quizás te equivoques, Candelas. Aunque las almas estén brincando por la pista de lo frívolo, cuando en la conversación aparece una idea juiciosa, sin darse uno cuenta, y aun creyendo tal vez que es un brinco más, las almas se arrodillan siempre...

RAM.—Bravo, padrino. Tú llegarías a echar un sermón si yo te dejara.

MARC.—Ya que estás en vena, ¿por qué no intentas convencer a Justo?

SANTOS.—Voya probar. ¿Está en el despacho?

RAM.—Claro. En el estante de la derecha. Y no te desanimes al primer golpe de vista; puede que lo hayan encuadernado.

MARC.—¡Ramoncho!

Mutis Santos por la derecha.

CAND.—¿De qué lo has de convencer?

MARC.—De un asunto...

ESCENA VIII

DICHOS MENOS SANTOS: ANTONIO por el foro

ANT.—¿Se puede?...

RAM.—De ti hablamos hace un momento, Antonio.

ANT.—*(Saluda a Marcelina y a Candelas).*

Lo agradezco.

CAND.—Ni se le ocurre que haya podido ser para mal...

ANT.—Procuro no dar motivo.

RAM.—Fíate.

ANT.—Además, no valgo la pena...

RAM.—Fíate.

ANT.—Y además no me lo dirán.

RAM.—De eso sí que te puedes fiar.

ANT.—*(Saludando a Asunción).* — Mañana vendrá en la *Gaceta*.

ASUNC.—¿Si? ¡Mamá, una gran noticia! Mañana vendrá en la *Gaceta* el nombramiento de Antonio.

MARC.—Ehorabuena.

CAND.—(*Ejusivamente*). — ¡Bien, Antonio, bien!

RAM.—¿Y adónde te destierran, desgraciado?

ANT.—Además, no valgo la pena...

RAM.—Fíate.

ANT.—A Villafranca.

ASUN.—(*Encantada*).—Señor Juez de Villafranca. ¡Como suena!

RAM.—Para un sobre no está mal...

ANT.—Poco soy; pero ya soy alguien. Usted, doña Marcelina, tan indulgente conmigo, habrá usted sospechado algo del afán que me trae a esta casa.

RAM.—No sé a lo que llamarás tú sospechar...

CAND.—No embarulles. Siga, Antonio, siga.

ANT.—Y me parece que estoy en la obligación de hablarles a ustedes francamente, rogándole a don Justo que me diga la hora...

RAM.—Yo te la diré: las cinco menos...

CAND.—¡No lo embarulles más, Ramoncho, que esto es muy serio!

RAM.—¿Para qué anda con tantos rodeos?

¿No sabe ya que es el niño mimado, el espejo de todas las virtudes y la lección viva de todas las prudencias? ¿Pues qué duda le queda? Aquí no hay más hueso que roer que el mío... a tí, con los brazos abiertos. Y cuando los abran para tí ya procuraré yo ver si me cielo y nos abrazan a los dos.

ANT.—(*Cogiéndole la mano*).—¡Gracias, Ramoncho, gracias.

RAM.—A mi, ¿por qué? Anda al estante de la derecha, anda.

ANT.—Si doña Marcelina aprueba este paso...

MARC.—Yo sí... pero no soy quien... Mañana podría usted hablarle.

ANT.—¿Mañana?

ASUN.—¿Mañana?

MARC.—Es mejor aguardar a que salga el nombramiento.

ANT.—Dice muy bien doña Marcelina. No vaya a retrasarse por cualquier circunstancia y parezca una informalidad mía.

RAM.—¿Una informalidad tuya? Te quemarán, y si no sales bien testado, aún será culpa tuya por haberte movido en la parrilla.

ASUN.—Lo que ha dicho mamá es muy razonable.

RAM.—Vosotros, vosotros sí que sois razonables, y prudentes, y comedidos, y respetuosos.

ASUN.—(Riendo)—Sigue, sigue, no te quedes en tan pocas alabanzas.

ESCENA IX

DICHOS: PACA por la izquierda

PACA.—Señorita... el lacayo.

MARC.—Dile que pase. (Mutis Paca.) Es el nuevo que nos mandan para que veamos si nos gusta la librea.

CAND.—¿No cambias el servicio?

MARC.—Ha prometido el alquilador que mañana tendremos un tren completamente nuevo.

CAN.—Siendo así...

ESCENA X

DICHOS: PACA y EL LACAYO Por la izquierda.

LAC.—¿Hay permiso?

CAN.—Entre, entre.

(Marcelina, Candelas y Asunción lo examinan con impertinencia.)

MARC.—(Con asco.)—¡Uf!

CAND.—¡Of!

ASUN.—¡Que no!

MARC.—¡Que no, claro!

LAC.—(Sorprendido). ¿Que no, qué?...

CAND.—De ninguna manera.

LAC.—(Aparte a Ramoncho). ¿Qué les pasa?

RAM.—No sé; pero les hizo usted impresión.

LAC.—¿A las tres?

RAM.—Por lo visto.

LAC.—Pues no lo esperaba, caballero.

MARC.—A ver, vuélvase usted.

LAC.—¿Que me vuelva?

MARC.—Sí.

RAM.—(Empujándole algo.)—Ande, hombre, vuélvase.

ASUN.—¡Oh!

CAND.—No me gusta.

MARC.—Ni a mí.

ASUN.—A ver de espalda.

LAC.—¿De espalda?

RAM.—(Volviéndolo)—Sí, hombre...

ASUN.—Menos.

CAND.—Nada.

MARC.—Nada, en absoluto.

LAC.—(*Aparte a Ramoncho*)—Caballero, también es desgracia no gustarles de ningún lado.

RAM.—La vida nos ofrece muchas de estas amarguras.

MARC.—Póngase usted el sombrero.

LAC.—Cuando salga.

RAM.—Póngaselo...

LAC.—Si es comodidad, muchas gracias.

CAND.—Para verlo.

LAC.—Bien...

CAND.—Ahí ha llevado un golpe.

LAC.—Ahí me los den todos, señorita.

ASUN.—Y el levitón tiene aquí una mancha.

CAND.—Y aquí otra.

LAC.—Si las van ustedes a contar hay para rato.

CAND.—Y huele a bencina.

LAC.—Debe tener para unos sesenta kilómetros. Y ni así marcha...

MARC.—Resueltamente que no sirve. ¡Es un ascol

CAND.—¿Qué dirán de los dueños?

ASUN.—Que son unos cochinos.

MARC.—Se figurará todo el mundo que está usted en una casa miserable.

LAC.—Bueno, bueno; las señoras dirán lo que gusten; pero yo he venido a preguntar si las señoras reciben, de parte de la señora marquesa de Casa...

RAM.—De casa cochina. Que no, que se han mudado y no dejaron señas.

CAND.—(*Riendo*) ¡Ay mamá, la que hicimos!

ASUN.—¡No es el nuevo!

RAM.—Nuevo en esta plaza, pero muy fogueado en otras.

LAC.—Fogueado, Dios me libre, caballero; sobre todo por la bencina. ¿Qué le digo a la señora marquesa?...

MARC.—Perdone usted...

LAC.—Las perdono. ¿Qué le digo?

MARC.—Fué una equivocación, porque nosotros esperábamos...

LAC.—No se disculpen; estoy ya muy hecho a las insolencias de los amos. ¿Qué le digo a la señora marquesa?

MARC.—Diga que no estamos porque...

LAC.—Por lo que sea. (*Dándole una tarjeta a Paca*).—La señora marquesa que siente mucho el no encontrarlas en casa. Buenas tardes.

(*Mutis.*)

MARC.—Y dispense, ¿eh?...

RAM.—(*Aparte a Paca*).—Dale una copa de vino... y déjate dar un abrazo.

PAC.—Le daré dos copas.

RAM.—Entonces te abraza aunque no quieras.

(*Mutis Paca*).

ESCENA XI

DICHOS, MENOS PACA Y LACAYO. SANTOS por la derecha.

CAND.—¡Lo que va a contar de nosotras!...

RAM.—Nada. Lleva Paca la receta del silencio.

ANT.—El lacayo venía mal, pero ustedes lo han puesto bien.

ASUN.—Creíamos que era el que nos mandaban...

MARC.—(*A Santos*) ¿Qué?

SAN.—(*Aparte a Marcelina*) Mala impresión...

RAM.—Esto se va a arreglar en seguidita, padrino. Y realizaré hoy el afán mayor de mi vida, llevándome a la mujer que más vale en este mundo.

CAND.—Van a creer que hablas de otra...

RAM. Pues hablo de tí, de la celestial Candelas, que tiene el alma más grande que el cuerpo,

y el cuerpo más precioso que una rama de azucenas.

MARC.—¡Ramoncho! ¡Ramoncho!

RAM.—¡Calle usted, azucena madre, y deje usted que alaben a la niña, que algo de piropro le corresponde a usted!...

SANTOS.—Tiene razón.

MARC.—Para usted la tiene todo el mundo.

SANTOS.—Todo el mundo.

RAM.—¡Y tú también te llevas una mujercita, Antoniol!

SANT.—El número dos de la promoción... de la creación.

ASUNC.—Yo soy la que gano...

ANT.—¿Tú? Tú estás a cien codos por cima de mí.

CAND.—(*A Santos*)—Qué buenos son...

SANTOS.—Mucho; pero demasiado empalagosos. En el Juzgado van a poner confitería...

RAM.—¡Estoy loco de contento! ¡Qué cosas más buenas hace la divina Providencia!

MARC.—Sí que las hace. (*Algo escamada*). ¿Pero qué habrá hecho ahora la divina Providencia para que tú estés tan gozoso?

RAM.—Que me quiera Candelitas. Y como el cariño nos dure nada más que cincuenta años...